

# La Tumba de Sargerass

## Escrito por Robert Brooks

### Tercera parte: La furia de la Tumba

Ondas de energía colosales chocaron, girando en un abultado vórtice de poder vil y arcano. La enorme sala se sacudió en todas direcciones al fluir por ella torrentes de fuego, pero Khadgar y Gul'dan no vacilaron, no se inmutaron, no pestañearon siquiera.

En su lugar, Khadgar exhibió una deslumbrante sonrisa. Sus brazos estaban extendidos hacia delante, su barbilla levantada. Nada de trucos de magia; tan solo una avalancha de poder puro.

Allí donde la furia de ambos colisionaba, brotaba fuego. El aire mismo amenazaba con encenderse. En ese caso, todo en el interior de la tumba quedaría destruido. Incluidos Khadgar... y Gul'dan.

Y ninguno de los dos retrocedía.

—GUL'DAN, PON FIN A ESTO.

Otra vez esa odiada voz. Kil'jaeden. Gul'dan gritó. —¡No te metas en esto!

—OBEDECE. RETÍRATE.

—¡Puedo matarlo! —bramó Gul'dan.

Khadgar sonrió burlón mientras el sudor empezaba a brillarle en la frente. —¿Quién es, Gul'dan? ¿Quién sujeta tu correa? —Gul'dan respondió con un rugido sin palabras, arrojando aún más poder contra el archimago. Volaron chispas, pero Khadgar desvió la energía con una risa ronca—. ¿A cuál de tus amos no hemos matado aún?

La voz de Kil'jaeden prendió la mente de Gul'dan.

—¡DETENTE! NINGUNO DE LOS DOS PODÉIS MORIR HOY.

—¡¿Qué?!

—¡AHORA MISMO!

No era una simple orden: era un ultimátum. O Gul'dan obedecía, o quedaría aislado de la Legión. En el acto.

Así que obedeció. Gul'dan abrió los brazos, esparciendo su poder en una fina membrana de puro fuego vil. El ataque de Khadgar la atravesó y, al romperse, se liberó una explosión de luz cegadora. Khadgar se protegió los ojos. Cuando el resplandor se desvaneció, Gul'dan ya no estaba.

Khadgar se enderezó y se sacudió los hombros. Algunas hebras de su toga habían comenzado a arder. —Sé que sigues aquí, Gul'dan —dijo—. No tienes ningún otro sitio al que ir.

Gul'dan acechaba escondido en las sombras. El truquito que había usado contra las vigías evitaría que Khadgar lo viera físicamente, pero Gul'dan sabía que el archimago tenía otras formas de dar con él. —No puedo cumplir tu tarea sin que lo note —le dijo Gul'dan a Kil'jaeden en voz baja—. Deja que lo mate.

—SACRIFICARÁ **TODO** POR LA VICTORIA. ESO NOS DARÁ UNA OPORTUNIDAD. MÁS TARDE...

Gul'dan no tenía ni idea de a qué se refería. Pero ahora sabía que la Legión Ardiente también tenía planes para Khadgar.

Y eso daba lugar a preguntas interesantes. ¿De veras creen que pueden convertirlo? Si lo logran, ¿me necesitarán a mí para algo? La traición volvía a parecerle muy atractiva.

Gul'dan se movía sin cesar en la oscuridad. Khadgar comenzaba a lanzar orbes arcanos relucientes, desterrando las sombras poco a poco.

También llenaba la cámara de palabras. —¿Qué importancia tienes, Gul'dan? ¿Es Kil'jaeden quien te da órdenes? ¿O solo uno de sus perritos falderos?

Su voz parecía venir de todas las piedras a la vez. Una idea ingeniosa. Eso ocultaba su ubicación. Gul'dan dedujo enseguida cómo imitarlo. Un toquecito vil, y su propia voz resonó por toda la estancia. —Khadgar, nunca te he dado las gracias por tu ayuda. No me habría resultado fácil liquidar a la Horda de Hierro yo solo. Tú y tus amigos fuisteis muy útiles —dijo.

Khadgar rio. —Sí, y lo bien que acabó todo para ti. Por mí te ayudo así siempre que quieras. —Se dio la vuelta y una descarga de fuego apuntó directamente a Gul'dan. Pilares de piedra se evaporaron y, del techo, cayó una avalancha de rocas con gran estruendo.

Gul'dan no se movió y dejó que el caos pasara. El ataque había fallado por apenas unos pasos. Tal vez no se había ocultado tan bien como creía... Pero, tras un momento, Khadgar miró en otra dirección. Pura suerte, nada más.

Gul'dan tenía a tiro la espalda de Khadgar, pero le habían prohibido atacar. Era absurdo. Quizás se le permitiría cometer un error en el fragor de la batalla. «Kil'jaeden se pondría furioso, pero sigue necesitándome», pensó. Cuando llegara el momento oportuno, Gul'dan pondría a prueba su teoría.

Hasta entonces, tenía que darse prisa con su tarea. Basta de dar palos de ciego. —Kil'jaeden, dime qué hay en esta tumba y cómo liberarlo —susurró Gul'dan.

Hubo un silencio. Y entonces, al fin, Kil'jaeden cedió.

—ESCUCHA ATENTAMENTE.

Así lo hizo. Mientras Kil'jaeden hablaba, Gul'dan no pudo evitar que una sonrisa le retorciera los labios.

---

Khadgar caminó lentamente por el centro de la cámara, sin esforzarse por enmascarar sus pisadas. Esta zona era inmensa. Hileras de columnas se extendían hacia las tinieblas y brillaban débilmente con sus runas activadas a medias. Los sitios donde Gul'dan podía esconderse eran infinitos. Sería más fácil hacerlo salir que buscarlo en las sombras.

—¿Tienes miedo, Gul'dan? —No hubo respuesta. Khadgar esperaba que cada palabra, cada paso, fuera como una daga que perforara el orgullo del brujo; no parecía que a Gul'dan le hubiera gustado la orden de retirarse. «¿Tan rigurosamente lo guía la Legión Ardiente?» Khadgar mantuvo un tono insolente. —¿Alguna vez has tenido que vencer personalmente a un adversario preparado? ¿Alguien que sepa exactamente qué eres? Está claro que tu otro yo no. Avanzó desde Draenor a Azeroth y arrasó ciudades enteras, pero siempre tuvo a otros que le hacían ese trabajo sucio. Qué incómodo debe de ser esto para ti.

Un leve frufurú. Piel rozando tela. Esa fue la única advertencia que recibió Khadgar. Gul'dan estaba alzando las manos.

Un estrepitoso muro de fuego verde salió disparado hacia la espalda descubierta de Khadgar. Este dejó que se acercara. Cuando ya sentía el calor en el cuello, realizó un simple gesto. La magia Arcana congeló el aire en torno a él y lo envolvió en una barrera de hielo.

El fuego de Gul'dan apenas derritió unas pocas gotas. Con un gruñido, Gul'dan se retiró de nuevo a las sombras. Khadgar sonrió. Otro gesto, y la barrera se rompió en mil pedacitos, que cayeron al suelo con un sonido musical. Khadgar se sacudió el frío repentino y reanudó el paso mientras sus botas convertían el hielo en charcos. —Uy, casi —dijo.

Un gruñido de dolor apagado flotó por la estancia.

Khadgar no pudo evitar reír. —¿No tenías permiso para atacarme? ¿Qué tal la disciplina de la Legión, Gul'dan? ¿Vas a ser una buena mascota ahora?

La voz del orco estaba a punto de explotar de rabia contenida. —¿Crees en el destino, humano? —preguntó.

Qué pregunta tan rara. —Conozco tu destino —dijo Khadgar.

—¿Y qué me dices de la redención?

—¿Redención? ¿Para ti? No —resopló Khadgar.

—No, para mí no —admitió Gul'dan. —Vuestro tipo de redención me aburre. Como aburrió al hijo de Grito Infernal, tengo entendido.

En eso tenía razón. —¿Qué quieres? No creo que ser una marioneta te resulte atractivo.

—Quiero que mis enemigos ardan —dijo Gul'dan.

—Muy bonito —dijo Khadgar. Ya no venían ataques desde las sombras. Gul'dan estaba haciendo tiempo.

Khadgar inspeccionó la cámara. Un pedestal cercano refulgió y atrajo su atención. Estas runas sí las reconoció. Eran una antigua obra de los Altonato. Durante la Guerra de los Ancestros, cuando la Legión había intentado abrir aquí un portal —lo que habría creado una especie de segundo frente—, había hecho falta una importante cantidad de magia para sellarlo. Eso era exactamente lo que estaba mirando: uno de los cinco sellos. Solo sabía de ellos por sus estudios. Khadgar se inclinó para examinarlo. Era una obra fascinante, muy precisa a pesar de haberse hecho de forma apresurada. Seguía activa y emitía una luz violeta mientras...

Se oyó un ruido. El sello emitió un brillo verde y luego se oscureció. Khadgar se quedó mirando. Tras un instante, salió de él un humo acre, pero su luz se había apagado del todo.

El sello había desaparecido ante sus propios ojos. Khadgar tuvo un presentimiento. Gul'dan. Aun estando escondido, estaba rompiendo los sellos.

¿Y cuando hubieran caído todos? La Legión ganaría. Khadgar no podía aguardar más. Creó energía en forma de lágrima hasta la altura de su hombro y la llenó de poder. Aparecieron dos brazos, y el elemental Arcano abrió los ojos. —Sirvo —dijo.

Khadgar señaló hacia las sombras. —Hay alguien escondido. Da unas patadas a las rocas hasta que salga —dijo.

—Obedezco —dijo el elemental. En realidad, no podía patear nada —no tenía pies—, pero se fue flotando al rincón derecho sin hacer preguntas. Eso estaba bien. Los elementales podían ser terriblemente literales. Tarde o temprano tropezaría con Gul'dan. Pero ¿por qué conformarse con uno? Khadgar invocó más. Era hora de meter presión al brujo.

«Y a poder ser, a sus amos», pensó Khadgar. De pronto tuvo una nueva idea. Al fin y al cabo, había muchas formas de distracción.

—Por cierto, Gul'dan —dijo—, tengo que preguntártelo: ¿te ha dicho la Legión cómo moriste?

---

«No era yo», pensó Gul'dan. Pero su irritación pugnaba con su curiosidad. ¿De verdad conocía el archimago cuál fue el final del otro Gul'dan?

Kil'jaeden pareció leerle el pensamiento.

—NO LE HAGAS CASO.

—No se lo hago —bufó, dolorido aún. Tras atacar Gul'dan a Khadgar, su desobediencia había provocado una rápida respuesta. Eso lo había enfurecido aún más. «Incluso a los esclavos de Ogrópolis los trataban mejor», protestó en silencio.

Miró alrededor de la cámara. No tenía cerca ninguno de los ensamblajes de Khadgar. Gul'dan usaba solo una pizca de poder vil, demasiado leve para que ni siquiera Khadgar lo localizara.

Pero el brujo no necesitaba más.

Kil'jaeden había revelado la verdad sobre la tumba. La estructura original se había resguardado contra intrusos demoníacos hacía miles de años, pero Gul'dan no era un demonio. No exactamente. Había mucho poder aquí, y no todo procedía de la Legión. Lo habían dispuesto en capas, invertido y escondido con tanta habilidad que solo una persona antes lo había descubierto. Pero, tras diez mil años de falta de atención, estos sellos, forjados con poder titánico por mortales imperfectos, tenían puntos flacos. Debilidades fatales.

La Legión no podía tocar los sellos, pero los demonios los habían estudiado. Los antiguos diseñadores de los resguardos los fabricaron para que mataran a quien intentara romperlos, pero Gul'dan sabía exactamente cómo abrir los cinco de un modo seguro.

Ya había caído uno, y Gul'dan seguía vivo. La Legión estaba dándole instrucciones válidas. Quedaban cuatro.

Gul'dan hizo un gran esfuerzo y notó que algo cedía. La tumba entera tembló. Otro sello menos. Quedaban tres. Miró a Khadgar, que inclinó la cabeza pero no parecía entender la magnitud de lo que había pasado. Romper los sellos no era algo tan espectacular como Gul'dan había supuesto.

Todo el poder que la Legión había preparado para abrir este portal parecía atraer a Gul'dan desde lejos. Llevaba demasiado tiempo inactivo... Alguien tenía que reclamarlo.

Curiosamente, Gul'dan empezaba a sospechar que la Legión no era consciente de la otra fuente de poder que había ahí abajo. Pero si bien podía sentirla, no podía blandirla. Eso la convertía en irrelevante. Por el momento.

La voz de Khadgar se inmiscuyó en sus pensamientos. —La Horda, la primera Horda, había invadido Lordaeron. Tú los abandonaste para venir aquí. —Uno de los elementales de Khadgar flotó cerca de Gul'dan, pero no lo vio—. Esta isla estaba bajo el océano. Tú la levantaste. Algo impresionante.

Gul'dan se centró en su tarea, con los dedos temblándole inconscientemente. Su poder vil actuaba a fondo en las runas de la tumba, buscando el tercer sello. «Ahí está.» Gul'dan intentó agarrarlo. No pudo. Resbalaba. Cada vez que intentaba forzar su punto débil, se le escapaba. Era como intentar desatar un nudo de seda de araña a oscuras. Con los pies.

—Y como recompensa por tu lealtad, ¿sabes qué te pasó, Gul'dan? —preguntó Khadgar.

De repente, a Gul'dan se le fue la magia de las manos. El tercer sello no solo se rompió: se hizo añicos.

Sonó por toda la sala un profundo repiqueteo seguido de un estrépito. Gul'dan se quedó inmóvil. Los ensamblajes de Khadgar dejaron de moverse. Sonó un zumbido, y un color tenue que alternaba entre verde y violeta comenzó a brillar en cada piedra del suelo y las paredes de la cámara.

Gul'dan no solo había forzado el tercer sello, sino que, sin querer, había roto también el cuarto. Seguramente era un milagro no haber muerto.

Solo quedaba un sello. El placer de Kil'jaeden era palpable.

—BIEN HECHO. DESTRUYE EL ÚLTIMO.

Gul'dan titubeó. El último sello parecía distinto. Lo sondeó, pero no tenía punto débil. Parecía increíblemente fuerte, y se volvía más poderoso por momentos. La tumba misma lo estaba potenciando. Una oleada de energía Arcana imbuía el sello.

Era demasiado complejo para ser un accidente. Alguien había previsto este momento y había creado un mecanismo para impedirlo. Había en acción otra fuente de poder; Gul'dan la sentía. Había sido esa otra mortal, la que reclamó para sí este lugar siglos atrás. Esto era obra suya.

—Kil'jaeden, ¿qué ocurre? —susurró Gul'dan.

No hubo respuesta alguna.

La cámara se llenó con más luz. Gul'dan sentía que Khadgar estaba preparando una increíble cantidad de poder Arcano. Era evidente que el archimago sabía que algo importante iba a acontecer. —Ya sé por qué me resulta tan extraño este lugar —dijo Khadgar—. No he sentido nada igual desde mi época de aprendizaje. No sé por qué percibo el poder de un guardián, Gul'dan...

Khadgar liberó energía. Gul'dan se preparó, pero la magia Arcana solo se mantuvo en el aire. Un triángulo resplandeciente, el triple de alto que Khadgar, brillaba y chispeaba. Sus ángulos formaban un delgado filo. Khadgar giró las manos y el borde apuntó directamente al suelo.

La voz del archimago sonaba forzada pero decidida. —Pero veo lo que intenta hacer—. Los elementales Arcanos corrieron hacia el triángulo y sus brazos se fusionaron con él—. Y creo que le echaré una mano.

Gul'dan sintió una gran preocupación inarticulada por parte de Kil'jaeden.

Los elementales tiraron hacia abajo. El triángulo se incrustó en el suelo y resquebrajó la piedra. Toda la cámara osciló. Gul'dan cayó al suelo.

—¡MÁTALO! ¡MÁTALO AHORA, GUL'DAN!

Adiós a los planes de Kil'jaeden. Gul'dan se puso en pie, dejando caer la capa negra de sus hombros. Ya no había por qué esconderse. Desechó todos sus trucos. —Obedezco, Kil'jaeden —dijo el orco mientras alzaba las manos.

Khadgar lo vio de inmediato. —Así que es Kil'jaeden —dijo, sonriendo. Sus manos también se proyectaron hacia delante.

Los poderes de Khadgar y Gul'dan coincidieron en el centro con un trueno ensordecedor. El calor de su batalla ablandó la piedra bajo sus pies. Los elementales Arcanos levantaron de nuevo el triángulo. La cámara se estremeció. Cayeron columnas. Los elaborados mecanismos ideados para abrir un portal temblaban y se desarticulaban. El triángulo subía y bajaba. Las volutas de tonos verdes y violáceos parpadeaban.

El lugar estaba al borde del colapso. Khadgar podía hacer que se desplomara toda la cámara, y, con ella, el portal de la Legión.

Gul'dan lanzó un ataque tras otro. Khadgar los desvió todos. No tenía necesidad de arriesgarse a un contraataque. Estaba ganando.

—Kil'jaeden —susurró Gul'dan—, necesito el poder de la tumba.

—No.

—¡Queda un sello, y está protegido! ¡No puedo romperlo y matarlo a él! —Las palabras azotaron la lengua de Gul'dan—. Ha tenido décadas para estudiarme. Puede resistirme durante demasiado tiempo.

—ME TRAICIONARÁS.

Gul'dan inyectó más poder a sus ataques. Khadgar titubeó, pero se mantuvo firme. Gul'dan gruñó frustrado. —Khadgar destruirá la tumba. La Legión nunca volverá a tener ocasión de usar este sitio. O te convences de que quiero a ese idiota muerto, o tus planes se irán al traste.

El sudor recorría la cara de Khadgar. —No he terminado la historia —dijo—. Cuando entraste en la Tumba de Sargeris, moriste en una emboscada.

Gul'dan notaba la indecisión de Kil'jaeden. «El Impostor me conoce demasiado bien», pensó. Pero entonces, apareció algo: un lago de fuego en otro mundo que estaba a su alcance...

—El otro Gul'dan no murió a manos de la Alianza, ni de la Horda a la que traicionó —dijo Khadgar. Gul'dan no podía evitar escucharlo—. Entró en la tumba y fue desmembrado por demonios. Supongo que a la Legión Ardiente ya no le servía de nada.

Las palabras aturdieron a Gul'dan.

Tiempo atrás, había sido un paria en Draenor con una sola ambición: alimentarse. La Legión le hizo ver una simple verdad: la fuerza no se podía ignorar. Y jamás volvió a pasar hambre.

Khadgar acababa de enseñarle otra verdad: la fuerza de Gul'dan dejaría de ser útil. Que la Legión se deshiciera de él no era una posibilidad, sino una certeza. Era el destino.

De repente sintió una oleada de poder.

Khadgar seguía hablando. —Me pregunto qué te harán a ti, Gul'dan, cuando hayan acabado. —Hizo una pausa. El humor desapareció de su voz; debió de sentir el cambio—. ¿Qué haces, brujo?

Gul'dan dejó de atacar a Khadgar y concentró su poder en el último sello. Su propia fuerza más todo el poder prestado. Gul'dan agarró el sello con un puño lleno de energía vil...

...y lo aplastó. La energía letal del sello se desató, pero quedó en nada frente a la suya.

Y, sin más, los resguardos desaparecieron. El lago de la Legión Ardiente, fuerza suficiente para destruir barreras entre mundos, fluía libre y se dirigía hacia el portal enterrado en la isla.

Pero esa fuerza nunca llegó. Gul'dan se la apropió antes.

Un fuego inundó la mente de Gul'dan. Chilló, sujetándose la cabeza y apretando los ojos. Se olvidó de Khadgar y de la tumba. Sus defensas cayeron, y la furia Arcana de Khadgar se abalanzó sobre él. Gul'dan ni lo notó. Se asfixiaba de poder. Ahogado en un océano sin fin.

Era vil. Y era magnífico. Bebió con ganas.

Sintió dolor.

Luego, se equilibró y controló la situación.

Este poder era... auténtico. Era lo que siempre había querido. Era lo que la Legión Ardiente le había prometido: una fuerza que no se podía ignorar.

Hasta ahora, los demonios solo le habían dado sobras. ¿Por qué dar más a un necio desechable?

Gul'dan abrió los ojos. —Adiós, archimago —dijo, levantando un dedo.

Khadgar se envolvió en hielo.

Estalló una furia abrumadora. La cámara se balanceó como un barco en mar gruesa. Los elementales Arcanos y el triángulo se evaporaron.

El bloque de hielo que protegía al archimago parecía un guijarro en un huracán. Gul'dan intentó romperlo sin éxito alguno. Aquello sorprendió al brujo, pues sentía que podía destruir el mundo entero. Pero decidió que se encargaría de Khadgar más tarde. Gul'dan agitó la mano y el hielo salió despedido por la entrada, fuera de su vista. Luego desplomó el arco de la puerta. Toneladas de roca se derrumbaron y sellaron la cámara. Aunque Khadgar siguiera vivo, ya no supondría un problema.

Gul'dan había ganado. El poder en su interior era inimaginable. Las posibilidades, ilimitadas.

Y, aun así, Kil'jaeden todavía creía que podía darle órdenes.

—HICISTE UN PACTO, GUL'DAN. TERMINA TU TAREA. ÁBRENOS EL CAMINO.

Gul'dan inspiró hondo, saboreando el momento.

—No, Kil'jaeden —contestó—. No lo haré.